

El mito

Flores y lágrimas

Versión de Sebastián Vargas de un mito griego

Dicen que el mar Egeo es de un azul tan profundo como sus aguas. Del mismo exacto azul eran los ojos de Acamante, hijo del héroe griego Teseo. La princesa de Tracia, Fílida, se reunía al atardecer con su amado Acamante junto a ese mar. En un acantilado llamado Eneodos, cerca de la ciudad de Abdera. Allí compartían el azul del mar, la puesta de sol, promesas, besos. Cuando estalló la guerra de Troya, Acamante recibió un mensaje de su padre: debía viajar para pelear junto a él. Fílida y Acamante se amaban. Él no quería ir a la guerra, ella tampoco quería que él fuera. Pero no ir hubiera significado para el joven deshonor y vergüenza. Para un hijo de Teseo, el deshonor era peor que la muerte. Así que Acamante partió en su navío de vela blanca y casco negro. Antes de irse, en el último atardecer que compartieron, él le prometió que apenas terminara la guerra, si el destino permitía que sobreviviera, volvería raudo en su veloz nave. “Volveré a buscarte”, prometió Acamante; en sus ojos vivía una verdad azul. “Espérame”, pidió. “Te esperaré”, respondió Fílida. Y también era cierto. Pasaron los años y las batallas, las muertes y las glorias, el asedio y el engaño astuto de un caballo de madera. Troya sucumbió ante el ejército griego. Los griegos victoriosos regresaron a sus tierras y a sus hogares, a sus familias y a sus amores. Fílida, princesa de Tracia, seguía esperando a su amado. Había esperado durante años. Y ahora su padre el rey había recibido la noticia de la finalización de la guerra. Así que finalmente su amado volvería. Con buenos vientos, hay siete días de navegación de Troya a Tracia. Pero desde el primer atardecer Fílida ya esperaba, de pie en el acantilado como un árbol esbelto, los ojos fijos en el horizonte buscando un casco negro, una vela blanca, una señal de otro azul en el azul marino.

Pasaron siete días. Fílida esperaba contenta, y pensó que, por supuesto Acamante no habría podido navegar de inmediato, que la guerra tiene sus demoras y sus trámites. Pasó la segunda semana, y la tercera. Fílida esperaba ansiosa. El Egeo es traicionero, los viajes se demoran, los vientos soplan en direcciones que no deben. Pasó la cuarta semana, y la quinta, y la sexta. Fílida esperaba inquieta. Excepto en Ítaca, en todas las islas y regiones de Grecia los vencedores ya habían regresado. “¿Dónde estás, Acamante? ¿Por qué no llegas, amor?”, preguntaba la muchacha, pero el horizonte callaba. Pasó la séptima semana, y la octava. Ella comenzó a pensar que si Acamante no había regresado aún era porque no podía o no quería cumplir su promesa. Tal vez en Troya había encontrado un nuevo amor entre las ruinas. Tal vez había muerto en la batalla. Tal vez no volvería nunca. Pero igual, Fílida esperaba desesperada. Lloraba lágrimas amargas de dolor y desencuentro, de espera sin esperanza y sin fin. Cuando pasó la novena semana, la joven princesa murió de llanto, de nunca, de pena. Dicen que los dioses conocen y valoran cada nacimiento y cada muerte. La diosa Atenea se acercó al acantilado Eneodos y le brindó a la pobre muchacha un don: transformó a Fílida en un árbol, un esbelto almendro. A la mañana siguiente volvió Acamante. Los vientos lo habían demorado, y luego una tormenta, y luego un choque con un peñasco casi lo hizo naufragar. Pero allí estaba por fin para cumplir su promesa, vela blanca, casco negro y un nombre de mujer entre los labios. No encontró a su amada en ningún lado. Pero Atenea le concedió el relato de lo sucedido. Al saber que Fílida había muerto, Acamante se acercó al almendro con dolor profundo. Tal vez lloró; o tal vez un hijo de Teseo tampoco podía permitirse eso. El joven abrazó el delgado tronco de la muchacha árbol. Y entonces el almendro, al sentir la tibieza de ese abrazo de amor reencontrado, floreció de repente, la copa entera se llenó de flores en lugar de hojas, flores blancas con corazón de fuego. Largos meses permaneció Acamante junto al árbol, compartiendo en callada armonía la luz de

los atardeceres. Pero finalmente se fue a seguir con su vida, a buscar el hilo de otras historias. Cuando lo vio partir con sus ojos vegetales, Filide lloró otra vez lágrimas amargas, y esas lágrimas fueron fruto en la copa del árbol. Desde entonces cada año, cuando sopla el primer viento tibio del verano, el almendro florece antes que cualquier otro árbol, esperanzado en el regreso de su amor viajero. Y cuando pasa el verano y él no ha llegado, la muchacha-árbol vuelve a llorar sus lágrimas amargas junto al mar tan azul.